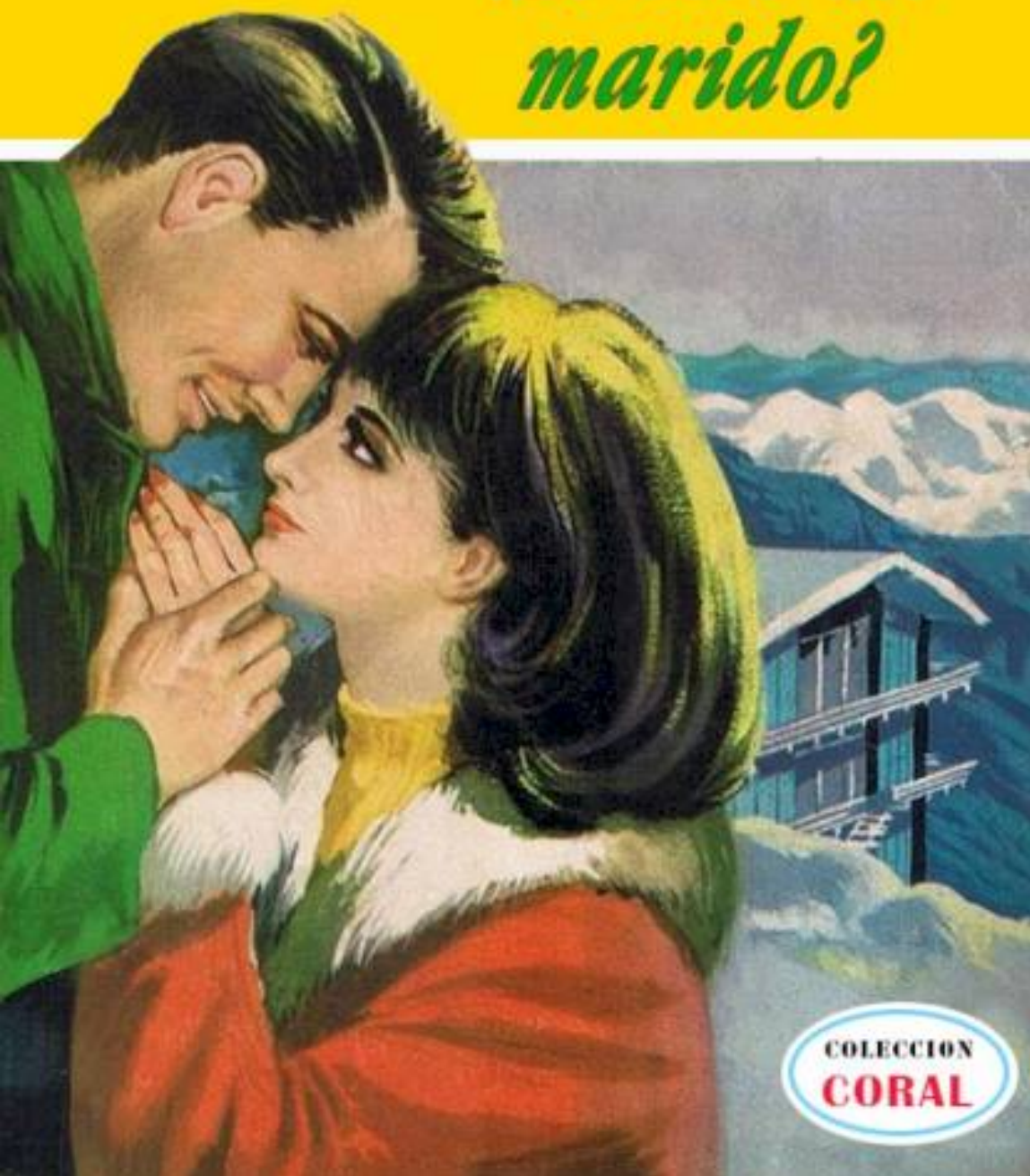


Corín Tellado

*¿Es este mi
marido?*



COLECCION
CORAL

Maril está decidida y nadie va a cambiar su idea, casi obsesiva, de continuar algo que empezó cuando era una niña. Un viaje, un terreno hostil, frío, helador... son los componentes de la historia de Maril. Otro personaje irrumpe en escena con tanta fuerza como sinceridad y descaro. Maril trata de aguantar una situación sin salida pero la vida le dará otra oportunidad, y las historias escritas no siempre tienen el final esperado...

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Capítulo Primero

—Maril, ya sé que son siete años de relaciones, que no dejó de escribirte un solo mes, que le amas, que eres fiel a ese amor, pero...

—Ya me has expuesto los peros, tío Pedro. Te lo agradezco; no obstante, me voy a casar.

—Yo creo, Maril...

La gentil muchacha se volvió hacia su tía Esther, esposa de Pedro, dos seres ambos que habían sido padres para ella desde que a los catorce perdió a los suyos. Los amaba, pero más amaba a su novio, y pensaba casarse con él al día siguiente.

—Tía Esther, ya me has dado toda clase de consejos. Vienes haciéndolo desde que Julio decidió que nos casáramos por poderes...

—Todos te aconsejamos, incluso los padres de Julio y su hermana. ¡Es tan lejos el Canadá!

—Pero él me espera allí, e iré siendo ya su esposa.

—Hace siete años que no le ves. Un hombre cambia mucho en este tiempo.

Los contempló inquietante.

—Julio será el de siempre. Las cartas así me lo demuestran.

—Uno —opinó Pedro Casanova— se habitúa a un estilo de cartas y no varía en años, aunque él, en sí, haya cambiado.

—Yo le amo, tío Pedro.

—Sí, chiquita. Ya lo sé. Por amarlo demasiado te arriesgas a lanzarte a una aventura e irte a un lejano país para ti desconocido. Recordarás que cuando Julio decidió marchar, yo opiné que debíais cortar las relaciones. Tú, en aquella época, eras una criatura inexperta. No quisiste faltar a tu novio. ¿Por amor?

—Por amor, tío Pedro —se agitó la joven.

—Está bien, está bien. Tal vez haya sido por amor, pero..., y perdona que ponga peros a todo. Te quiero como a una hija, y ello me disculpa. Has perdido oportunidades durante siete años, y me parece, Maril, que en ti, más que amor es obsesión.

—En modo alguno, tío. Es amor, y la prueba la tienes en que me caso mañana y me voy pasado en el primer avión.

Los esposos cambiaron una agitada mirada.

—¿Estás... decidida?

—Por supuesto, tío Pedro.

El caballero se dejó caer en un sillón y contempló a su sobrina con expresión vaga. Parecía muy lejos de allí en aquel instante. Indudablemente, pensaba en Julio Torralba, aquel muchacho nervioso, sin personalidad definida, que había conquistado a su sobrina.

—Sería lamentable —dijo, de pronto— que una vez casada y junto a él te dieras cuenta de que el amor que sentiste a los diecisiete años es muy distinto al que te inspira el hombre que vas a encontrar.

—Es el único hombre, y es el mismo.

—Desde luego, pero puede existir alguna diferencia entre este y aquel.

—Ninguna, tío Pedro. Sobre el particular puedes estar tranquilo. He puesto todo mi corazón y toda mi ilusión en

aquel amor. En modo alguno puedo sentirme decepcionada.

—No obstante, reconocerás que Julio poseía aquí su porvenir. Y que ninguna necesidad tenía de irse al Canadá.

—Un porvenir limitado, tío. Recuérdalo. Su padre lo consideraba poco menos que un criado.

—Esas eran figuraciones tuyas y de él. Alberto Torralba jamás haría criados a sus hijos. Sin ir más lejos, ahí tienes a su yerno, el marido de su hija Marina, convertido en encargado de la peletería.

—A Julio nunca le gustó ser dependiente.

—Maril, eres una chica sensata y me extraña que hables así.

—Perdona, es que estoy decidida a casarme mañana e irme con Julio adonde me lleve.

—Pedro —intervino la esposa—. No busques más argumentos. Maril no cambiará.

—Lo sé, lo sé, pero temo que haya tenido yo la culpa, por consentir aquellas relaciones de niños.

—No hubieras logrado nada, tío Pedro —adujo la joven, sonriente—. Julio y yo nos quisimos desde niños, y los obstáculos hubieran aumentado nuestro cariño.

No respondió. La miraba pensativamente. ¡Era tan bonita! ¡Tan delicada! Había cumplido los veinticinco años aquella semana pasada. Era morena y tenía el pelo negro cortado a la moda. Los ojos azules como turquesas, y una boca roja, de exquisito dibujo. Era esbelta, de estatura más bien alta. Fina y culta. Una muchacha digna de un rey, y se la llevaba un simple hombre que jamás había despuntado en nada, pues ni siquiera pudo terminar una carrera.

Se puso en pie y dijo nerviosamente, dirigiéndose a la puerta:

—Voy a jugar una partida al club.

* * *

Tenía delante el tablero de ajedrez, y Alberto movió un peón.

—Hoy estás nervioso, Alberto —dijo Pedro, comiendo la reina a su compañero.

—Diantre, sí; esa boda... Me tiene preocupado.

—¿Qué pensarás que me ocurre a mí?

Alberto lo miró. Era un hombre alto y delgado, de grises cabellos y ojos pensadores, que contaría unos sesenta años.

—Es que si estuviera en tu lugar, no la consentía.

—¿Y me dices tú eso, que eres el padre del novio?

—A los hombres no se les domina, pero a las mujeres se las ordena y obedecen. ¡Qué remedio les queda!

—Te equivocas en lo que respecta a mi sobrina. Dime, ¿por qué no deseas esa boda?

—Por lo mismo que tú. No tengo confianza en Julio.

—Las relaciones empezaron de niños. Ella cree en él. Julio se porta como un novio enamorado.

—Sí, sí, conozco a mi hijo. Indudablemente ama a Maril, pero eso no es bastante. Maril, a los diecisiete años, no podía conocer a los hombres. Se limitó a amar sin preocuparse de estudiar el carácter del hombre amado. Es lógico. Una muchacha ama a un joven a esa edad, sin saber por qué le ama. Y para Maril el amor de hoy significa el de ayer. Pero existe una diferencia. Hoy es una chica inteligente, preparada para la vida, con una psicología razonadora.

—¿Y bien?

Don Alberto tomó asiento, y prosiguió:

—¿No lo comprendes? Maril se enfrenta con la realidad del amor, al conocer al hombre, no al muchacho. No creo que Julio haya cambiado. Es un hombre que desconfía hasta de su sombra. Esa prueba la tienes en que no quiso trabajar conmigo porque creyó que le explotaba. Y soy su padre. No es inteligente, ni comprensivo, ni tolerante. Es, por

el contrario, soberbio y quisquilloso. Te aseguro —añadió, suspirando— que la vida para tu sobrina no será nada fácil.

—Recuerda que un hombre puede estar cargado de defectos para todos y lleno de cualidades para la esposa amada.

—Ojalá sea así —dudó, sincero—. Yo no lo creo.

—Si tú, que eres su padre, lo dudas, ¿qué puedo hacer yo?

Alberto alzóse de hombros y puntualizó:

—Prohíbe a Maril que se case con Julio.

Don Pedro frunció el ceño.

—Me da la impresión de que no deseas a mi sobrina por nuera.

Don Alberto emitió una débil sonrisa. Indudablemente, estaba muy preocupado.

—Me conoces, Pedro —dijo, bajo—. Sabes que te aprecio y que admiro a Maril. Es una gran chica, la has educado muy bien, demasiado bien para permitirle trasladarse a Manitoba, un lugar del Canadá de escasas perspectivas, y junto a un hombre que apenas conoce, y aunque haya sostenido con él siete años de relaciones epistolares. Es mi hijo, pero conozco sus defectos, sus múltiples defectos. Cerrado, soberbio, avaro... No, por mil demonios, no soy capaz de admitir que en matrimonio sea feliz al lado de él. Además, ¿qué porvenir puede ofrecerle Julio a una chica como Maril?

—Posee una granja en Manitoba.

—De acuerdo. Una granja en sociedad con otro. Este otro, que vive con él, es un aventurero. Hijo de unos americanos adinerados, que emigró al Canadá solo por deporte. Le gustó aquello y se asoció con mi hijo. ¿Sabemos, en realidad, lo que se traen esos dos entre manos? Julio dice que su socio posee minas de lignito, que tiene gran influencia en el país, y añade que este año lo asociará a sus negocios particulares. Nada de eso me convence. Conozco a Julio. Es lo bastante ignorante para creer en todas las promesas

que le hagan. —Consultó el reloj—. Ya es tarde. Dejemos así el ajedrez y terminaremos esta tarde.

Ambos se pusieron en pie. Salieron juntos del club y atravesaron, silenciosos, la calle.

—Oye, Pedro. Estoy pensando que tal vez don Daniel pueda disuadir a Maril.

—¿Don Daniel?

—Eso es. Un cura es más persuasivo.

—Creo que todo será inútil, pero lo probaré.

—Vamos hasta la parroquia. Háblale, le hablaremos los dos —rectificó— y que él llame esta tarde a Maril.

—Vamos, pues, si bien no creo que consigamos nada.

Hablaron con don Daniel por espacio de una hora, y cuando atravesaban de nuevo la plaza, don Alberto dijo, preocupado:

—Daría algo porque ese matrimonio no se llevara a efecto. Y pensar que encima tengo que hacer las veces de marido...

Don Pedro no contestó. Caminaba despacio y llevaba el ceño fruncido.

—Si tú —dijo, de pronto—, que eres padre del novio, hablas así, ¿qué diré yo?

—Mi hija Marina es una muchacha razonadora y comprensiva. Se casó con un hombre que se ajusta a su carácter. Pero Julio nunca se pareció a mi hija, ni a mi esposa, ni a mí. Es como mi padre. Y recuerdo que mi madre jamás fue feliz.

—Si cuento todo eso a Maril, me dirá que ella es capaz de comprender a su marido, aunque sea de carácter difícil.

Se detuvieron ante la casa de Alberto.

—Don Daniel —dijo Pedro— le enviará recado a Maril. No quiero que sepa que tú y yo hemos intervenido en esto.

* * *

—¿No se puede efectuar mañana el matrimonio?

—No, no se trata de eso. Te mandé llamar porque, antes de casarte, hemos de hablar tú y yo. Toma asiento. Supongo que en este instante no tendrías ninguna ocupación.

—Tengo hecho el equipaje, y todo dispuesto para la marcha. Como sabe, el padre de Julio hará las veces de marido en la ceremonia. Mi tío será el padrino y Asunción Torralba la madrina.

—Sí, sí. Todo esto lo sé. No te mandé llamar para hablar de eso.

La joven se sentó y don Daniel lo hizo frente a ella. Metió las manos entre las mangas de su sotana y dijo suavemente:

—He bautizado a Julio, y le di la primera comunión. Igual hice contigo.

—Así es, padre.

—Por tanto, creo conoceros a los dos.

Maril no respondió. Ignoraba por qué el padre le decía aquello. Esperaba. Don Daniel hizo una pausa y prosiguió:

—Me pregunto, Maril, si estás segura de tu cariño.

—Naturalmente, padre.

—Eras una niña cuando empezaste a cortejar.

—Sigo amando a Julio del mismo modo.

—No obstante, te encontrarás con un hombre diferente.

—¿Diferente?...

—Todos lo somos cuando pasa la juventud.

—Para mí, Julio será el mismo.

—¿Y si no lo es?

—Le digo que lo será.

—¡Ah, lo dices tú! Pero la ley de la vida nos demuestra que no es así.

—Padre... ¿Qué quiere de mí?

—Que medites... Hace siete años tú no tenías capacidad para estudiar la psicología de un hombre. Ahora la tienes. Me pregunto qué ocurrirá si llegas a Manitoba confiando en aquel amor, y te encuentras con que todo es distinto.

Y me pregunto, asimismo, qué sucederá si al conocer a este hombre de veintisiete años, lo encuentras distinto a aquel otro que amaste.

—Es el mismo.

—Maril, no te obsesiones. Puede que no lo sea. Y yo me imagino que tiene que ser muy duro para ti, sola y sin amigos, en poder de un hombre que no comprendes, que si bien lo has querido mucho, nunca lo estudiaste tal como es.

—Julio es bueno —se sofocó.

—Sí, sí, no lo dudo. Pero recuerdo que no era muy comprensivo.

—Para mí lo era. Y lo es y lo será.

—¿No temer enfrentarte con lo desconocido?

—Le amo.

—Sí, ya sé. Es el argumento que esgrimes desde que, hace tres meses, decidisteis casaros.

—Lo siento así, padre.

—Sí, Maril, lo sientes así porque aún eres la niña de hace siete años, que venías a confesar y me decías: «Padre Daniel, estoy enamorada de Julio».

—Era tan sincera como ahora.

—De acuerdo. Yo te diré, porque lo considero un deber, que Julio tiene allí sus amigos, su vida, su porvenir. Todo es diferente a España, y, después de siete años, Julio será más canadiense que español, y eso podrá decepcionarte.

Maril se puso en pie. Muy serenamente, adujo:

—Si es que pretende disuadirme, padre...

—Pretendo hacerte ver la verdad. Es duro vivir con un hombre que no se ama.

—Yo le amo —saltó, impulsiva.

—Sí, lo amabas. Pero, repito, este hombre es diferente. Tiene que serlo.

—Para mí será el mismo.

El padre Daniel se puso también en pie e hizo una pregunta indirecta:

—¿No hay forma, Maril, de atrasar la boda unos meses? Durante ese tiempo tú meditarías.

—No, padre. Me caso mañana.

—Bien. Ojalá no te pese.

Don Daniel habló por teléfono con Alberto, luego con Pedro.

La boda quedó concertada para el día siguiente a las nueve de la mañana, y en el momento fijado, Maril Casanova se casó con Julio Torralba.

Capítulo 2

Hacía un frío espantoso. Los campos estaban nevados y en la granja los obreros se refugiaban bajo los cobertizos, puliendo herramientas, que utilizarían una vez descendiera la nieve.

Max Howad salió del porche con la pipa en la boca. El frío no parecía molestarle en absoluto. Vestía pantalón de pana, altas polainas y camisa a cuadros arremangada hasta el codo.

Oteó la lejanía y frunció el ceño. Mal tiempo para toda la semana. Tendría que usar los esquís para bajar hasta las minas y tal vez encontrar todo el trabajo paralizado. Era una verdadera contrariedad. Y para colmo de males, Julio Torralba, su socio, se había ido de caza la semana pasada y la nieve le había cercado en el refugio de la montaña.

—Señor Howad —dijo un criado, apareciendo ante él—, lo llaman por teléfono.

Se volvió con lentitud.

—¿Quién?

—De la estafeta de Correos de Winnipeg.

—Que extraño —gruñó—. No creo que mis padres hayan descubierto mi refugio. Bien, allá voy.

Tomó el receptor y preguntó con su brusquedad habitual:

—¿Qué pasa? Al habla Max Howad.

—Oiga, Max, tenemos aquí un cable que depositó Telégrafos ayer noche. Viene de España, dirigido a nombre de su socio, Julio Torralba.

—Está bien, Kint. Léelo, por favor. Mi socio se fue de caza la semana pasada, y la nieve lo acorraló en el refugio. Eso, suponiendo —gruñó— que esté vivo.

—¿Y no puede usted averiguarlo, Max? —preguntó el jefe de Correos, con impaciencia.

—¿Averiguar qué?

—Si su socio está en el refugio.

Max soltó una de sus risotadas espasmódicas que tanto fastidiaban a sus amigos.

—Supongo que no habrá muerto —dijo, jocosamente—. No es la primera vez que la nieve le impide el paso a la granja. Léame el cable o envíelo.

—No puedo enviarlo. No es nada fácil. Los senderos están cortados.

—Le aseguro —se enojó Max— que si tuviera que ir a Winnipeg, lo haría.

—¡Oh, claro! Tiene usted jeeps muy bien equipados, pero nosotros no somos potentados. Disponemos de una bicicleta y una moto para hacer los recorridos, y le aseguro que no somos suicidas.

—Acabemos, Kint. Léame ese cable y en paz.

—Allá va, preste atención. «Llegaré avión mediodía, día 15. Besos. Maril».

—¡Diantre! —exclamó Max.

—¿Lo entendió?

—Claro que sí. Mi socio se ha casado por poder, esa Maril debe ser su flamante esposa. Indudablemente —añadió—, hay hombres locos.

—¿Por casarse?

—Por hacerlo, en estas circunstancias y marcharse de caza tranquilamente en vísperas de recibir a la mujer. Está bien, Kint, muchas gracias.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Hacer de qué?

—Con la esposa de su amigo.

—No lo sé. Hasta la vista, Kint. Y tome mucha agua ardiendo.

—¡Váyase al diablo!

Max soltó la risa que parecía un trueno y colgó el receptor.

Con el ceño fruncido, atravesó la casa y se refugió en el despacho. Llamó a su administrador. Este acudió. Era un hombre entrado en años, de rostro inexpresivo y ojos ratoniles.

—Oiga, Sam. ¿Dónde cree usted que podré encontrar a Torralba?

—Indudablemente, en el refugio.

—Pero no hay nadie capaz de llegar hasta allí, por muy buen esquiador que sea.

—Desde luego, señor Howad.

Max se hallaba sentado en el brazo de un sillón, y de vez en cuando llevaba la pipa a la boca y expelía humo por la boca y nariz.

Era un hombre alto, fuerte, impresionante. No tenía porte elegante, sino más bien de bruto. Pero era un bruto que gustaba a las mujeres, y Max, hombre sin demasiados escrúpulos, sentía condenada debilidad por el sexo débil. Era rubio y tenía los ojos pardos, la tez morena y curtida y la boca relajada como si estuviera besando a una mujer continuamente.

En aquel instante aplastó la mano en la barbilla y exclamó:

—Ese memo quedará rodeado de nieve toda la semana, y yo aquí sin saber qué hacer. —Alzó los ojos y los fijó en el